

CESARE LUPORINI:
Marxismo y ciencias humanas

BENJAMIN PAGE:
*El movimiento estudiantil en
los Estados Unidos*

ANA MARIA LOPEZ DAY: *Algunos funda-
mentos teóricos sobre el problema del tiempo libre.*

casa
DE LAS AMERICAS

NUMERO 43



casa

de las américas

AÑO VII No. 43

JULIO-AGOSTO 1967

LA HABANA, CUBA

Director:
Roberto Fernández Retamar.

Comité de colaboración: Emmanuel Carballo,
Julio Cortázar, Roque Dalton, René Depestre,
Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, Manuel
Galich, Lisandro Otero, Graziella Pogolotti,
Angel Rama, Mario Vargas Llosa, David Viñas,
Jorge Zalamea.

Secretario: Orlando Alomá.

Diseño y emplane: Umberto Peña.

Redacción: G y Tercera, Vedado, La Habana,
Cuba.

Venta y suscripción:

Ejemplar \$0.40

Suscripción anual en Cuba \$2.40

Suscripción anual en el extranjero: correo or-
dinario, 3 dólares canadienses; por vía aérea,
8 dólares canadienses.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. No se
devuelven manuscritos no solicitados. Se autoriza
la reproducción de los materiales de esta revista, y
se ruega indicar la procedencia.

Unidad Productora 09 del Instituto del Libro, La

textos literarios de

**EMILIO DIAZ VALCARCEL
WILLIAM AGUDELO
MANUEL ROJAS**



**THELMA NAVA
JORGE EDWARDS
JOSE CARLOS BECERRA
NOE JITRIK
MANUEL DIAZ MARTINEZ
SERGIO PITOL
PEDRO PEREZ SARDUY
REINALDO ARENAS**

26

JULIO

EN

SANTIAGO

DE CUBA



SUMARIO

2 Mientras en Punta del Este...

3 Declaración sobre nuestro colaborador Régis Debray

hechos / ideas

4 Cesare Luporini / Marxismo y ciencias humanas.

13 Benjamin Page / El movimiento estudiantil en los Estados Unidos

25 Ana María López Day / Algunos fundamentos teóricos sobre el problema del tiempo libre.

ficción

31 Emilio Díaz Valcárcel / Napalm.

39 William Agudelo / Amarillas y rojas hojas.

42 Manuel Rojas / La muchacha intrusa.

46 Thelma Nava / San Juan 8 P.M.

48 Jorge Edwards / Noticias de Europa.

58 Noé Jitrik / Guillermo Tell.

65 José Carlos Becerra / Una noche más alta.

67 Manuel Díaz Martínez / La cena.

70 Sergio Pitol / Una mano en la nuca.

84 Pedro Pérez Sarduy / Crónica de una primavera ciudad.

87 Reinaldo Arenas / Estancia en Pamplona.

notas

91 Mario Benedetti / Vallejo y Neruda: dos modos de influir.

93 Rafael Humberto Gaviria / Guerrillas y folklore en Colombia.

sobre el segundo congreso latinoamericano de escritores

97 Alrededores del congreso

99 Declaración

102 Mario Benedetti, José Bianco, Manuel Rojas y Marcio Veloz Maggiolo / Sobre la función social del escritor.

113 Telegramas enviados al presidente Johnson

114 Angel Rama / Los desacuerdos de una Comunidad.

artes plásticas

117 Adelaida de Juan / A propósito de una exposición de Piza.

libros

119 Manuel Maldonado Denis / Oscar Lewis: La vida y la enajenación.

124 Marcos Llanos / Presencia y crisis de Brasil.

127 Guillermo Rodríguez Rivera / Trece años después.

129 Reynaldo González / De la sicología infantil y otros temas agobiantes.

131 Otros libros recientes.

cartas a la casa

134 Augusto Roa Bastos.

135 Carlos Fuentes.

al pie de la letra

157 Últimas actividades de la Casa de las Américas.

159 Colaboradores / Temas.

Entre las páginas 118 y 119, pliego gráfico con reproducciones de obras de Arthur Luiz Piza expuestas en la Galería Latinoamericana de la Casa de las Américas.

ANGEL RAMA

***los desacuerdos
de una
comunidad***

El Congreso de Escritores Latinoamericanos realizado en México, dio culminación a un viejo proyecto de diversos intelectuales para establecer un organismo asociativo y eficaz para su obra cultural. El antecedente más cercano fue la "Declaración de Génova" en 1965,¹ en que unos cuarenta escritores proponían la reaización de un congreso continental en México para constituir la Comunidad Latinoamericana de Escritores; luego, una reunión en Arica, Chile, en 1966, que pretendió abarcar ese proyecto integrándolo en otro más ambicioso, la Comunidad Cultural Latinoamericana, o sea la que reuniera a escritores, músicos, plásticos, etc., en un organismo supranacional común. También en esta ocasión se remitió a México la realización del congreso fundacional y fue así como se instituyó —en marzo de 1967— y se dotó de autoridades a la Comunidad Latinoamericana de Escritores. Serán ellas: Carlos Pellicer, Presidente; López Bermúdez, Secretario; y Carlos Solórzano y Demetrio Aguilera Malta, vocales.

Decir si esta culminación ha sido para bien, es otro cantar. Quizás la actitud más prudente con-

sista en la expectativa: el famoso compás de espera que parece obligado abrirle a toda institución nueva para verla actuar, actitud que, en algunos casos —el de quien esto escribe—, encubre el pesimismo. Para entenderlo conviene historiar brevemente, como en un informe, lo ocurrido en los diez días de trabajo del congreso, no olvidando nunca dos cosas: primero, que allí estaban reunidos escritores cuya responsabilidad social fue encarecida una y otra vez desde todos los sectores y admitida casi unánimemente como parte de su función específica; segundo, el panorama general de América Latina en esta hora, que se podría definir con una frase, ya famosa, del senador Robert Kennedy: "América Latina vive una Revolución" (vale la pena apuntar que un proyecto de preámbulo de los estatutos de la comunidad, que presentamos varios escritores, comenzaba con esa frase, lo que no fue aceptado por la mayoría de los asambleístas, por considerarla, en palabras del argentino Fermín Estrella Gutiérrez, "panfletaria").

El Congreso reunió unos cien escritores. Decir que faltaban figuras fundamentales —Borges, Neruda, Cortázar, Vargas Llosa— quizás no sirva de mucho, visto que los escritores no están a disposición de los congresos y que en cambio estuvieron presentes Asturias, Carpentier, Guimaraes Rosa, Arguedas, Manuel Rojas, Benjamín Carrión, José Bianco, Salarrué, Otero Silva. En cambio, sí puede lamentarse que la delegación mexicana haya sido tan opaca, dado que la reunión se hacía en su país. Fuera de Rulfo, Pellicer, Usigli y José Revueltas, no se contó con figuras de rango internacional en los debates, la mayoría de los escritores jóvenes se pronunciaron en la prensa con escepticismo respecto al Congreso subrayando su burocratismo e inoperancia, e incluso varios de los invitados se asomaron un par de días a las sesiones y desaparecieron luego. La misma prensa, salvo alguna excepción honrosa, no lo atendió como se preveía.

La tradicional y generosa hospitalidad mexicana —fue la Secretaría de Educación la que sufragó los gastos— en este caso resultó entorpecedora de los trabajos específicos. Desplazar al Congreso por diversas ciudades —Guanajuato, Guadalajara, México— pudo ser una cortesía turística merecedora de aplauso, si no fuera que eso redujo a cuatro las sesiones plenarias y a poco más las reuniones de comisiones, de tal modo que muchos asuntos fueron considerados sin el necesario examen. Este desplazamiento complicó además la parte organizativa del Congreso, por lo cual nunca se contó con una lista correcta de participantes ni con los

suficientes repartidos de las ponencias a discutir que con frecuencia llegaron al plenario desconocidas por la mayoría de los asambleístas.

Por último, las invitaciones se hicieron con un afán de representación casi taxativa, desempolvando figuras que nada significan en la actual situación del continente. Resultó insólito que hubiera sido invitado Germán Arciniegas —que no concurrió—, ya que hasta los norteamericanos lo han sustituido al frente de la revista literaria que financian para América Latina, y resultaba sorprendente que fueran latinoamericanos quienes apelaran a él. De ahí que volvieron a resonar algunas fórmulas retóricas que creíamos muertas, y que se hiciera más visible la diferencia generacional en el modo de enfocar los problemas: un estilo palabrero, eufemístico, diplomático, acomodaticio, y un estilo conciso, claro, directo de plantear las cuestiones.

La escisión más publicitada del Congreso ocurrió en Guanajuato, y quien la informó a nombre de una docena de participantes,² entre los cuales los cubanos, fue Mario Benedetti. Según sus términos, una "Comunidad" significa un conjunto de principios compartidos, no exclusivamente de tipo profesional, sino ideológicos. Vista la composición del Congreso y el encuentro en su seno de anti-imperialistas y proimperialistas, los firmantes de la declaración adelantaban su resolución de abstenerse en el punto correspondiente a la fundación de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, pero participando en los demás asuntos del temario. Le contestó, de modo improvisado, Asturias, apelando a un *slogan* que sería conveniente poner en salmuera, el "diálogo", ya que a esta altura surge cada vez que hay que encubrir una situación escurridiza. Sobre todo porque no es creíble que, dados sus antecedentes, Asturias pueda entender por esa palabreja una tarea en común con los cipayos latinoamericanos, que también los hay entre los escritores.

A esta fecha, el Congreso debatía con ardor cuestiones políticas más que literarias, lo que es un síntoma del panorama general del continente. En ese campo, la retórica resultaba más deslucida y las definiciones categóricas ayudaban a desinflarla. La escisión inmediata corrió a cargo de uno de los integrantes de la comisión organizadora, el novelista José Revueltas. Cuando oyó a Mario Monteforte Toledo, que hacía la defensa de los estatutos de la Comunidad, afirmar que dentro de

ella cabría la izquierda latinoamericana "y la derecha limpia", irrumpió para afirmar ante el plenario que eso le probaba que la Comunidad no debería existir y que por lo tanto adelantaba su voto en contra.

Por último, otro sector de escritores, coincidentes con el planteamiento de que la Comunidad debería ser expresión de una actitud ideológica coherente, y que ella implicaba claras posiciones sociales y políticas, pero que en vez de abstenerse debía pelearse por una definición, presentaron un proyecto de preámbulo (que firmaban, entre otros, Arguedas, Rulfo, Ibáñez, Onetti, Rama) proponiendo como condición para integrar la Comunidad el apoyo del escritor a la Revolución Latinoamericana, a la lucha contra las oligarquías locales y contra el imperialismo norteamericano. Sólo una parte de este documento fue aceptado por la asamblea, que tercamente se opuso a incluir la fórmula "imperialismo norteamericano" prefiriendo las expresiones condenatorias generales, por aquello de "suaviter in modo" que frecuentemente concluye en el "suaviter in re".

Esto no impidió, y es la parte más positiva del encuentro, que el plenario aprobara una ardiente condena de la guerra de Viet Nam instando telegráficamente a las autoridades norteamericanas a cesar sus bombardeos en Viet Nam del Norte, que se aprobara una moción contra el bloqueo a Cuba, que se condenara la violación de las autonomías universitarias en Argentina, Brasil, Colombia y Venezuela, que se denunciaran los planes "Camelot", "Simpático", etc., de infiltración cultural norteamericana. En la parte declarativa del Congreso, éste se atrevió a una toma de posiciones nítida. Es curioso que, tratándose de escritores, no reflexionaran en las verdaderas raíces de esas diversas llagas del mundo, y no reconocieran que la lucha contra ellas lleva fatalmente a la adopción de actitudes de fondo en el campo de la realidad socio-económica de nuestro continente. No se difundirá la cultura y la obra de los escritores, ni éstos hallarán al fin la situación óptima de comunicación plena con sus pueblos, si éstos continúan en el subdesarrollo, en el analfabetismo.

Desde luego, es útil una organización de escritores dedicada a asuntos exclusivamente profesionales (derechos de autor, traducciones, etc.), pero es ése un campo que en una época cubrieron los PEN clubs sin que se observara mejoría visible en la situación del escritor. Se pueden encarar soluciones para los pequeños problemas de cada día: son simples remiendos. Cuando es el traje entero el que se deshilacha, resultan a la postre esfuerzos vanos.

² En el momento de leerse el documento, fueron doce; posteriormente, adhirieron hasta veinte. (N. de la R.)